



LA FILOSOFÍA Y LA MUERTE.

Mesa Redonda del V EFCSM 2010

Adrian Walker

© 2010. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

LA FILOSOFÍA, LA ANGUSTIA Y LA MUERTE.

¿Qué es la angustia? Es la experiencia -si se me permite un ejemplo un poco simple- del coyote de esa serie de dibujos animados que en castellano se titula *El Coyote y el Correcaminos*. En unos de los chistes recurrentes de la serie, el coyote, habiendo persiguido al correcaminos más allá del borde de un cañón, queda un momento suspendido en el aire, antes de desplomarse en el abismo al enterarse de la imposibilidad (meta)física en que se ha puesto. La situación del coyote animado, aunque ridícula, ilustra muy bien la naturaleza la angustia. De hecho la angustia es *característica* de un momento que se da sólo a caballo entre dos experiencias: la de comprender que se está suspendido en el aire y la de caerse en el abismo en fuerza de esta misma comprensión. He subrayado el adjetivo “característico,” porque el instante en que ya sabes que no hay nada en que te puedas apoyar, pero todavía no has caído, inspira un temor *sui géneris*. *Sui géneris* porque su *primer* motor es la repentina retirada de una (supuesta) certeza, y no las consecuencias malas que esta retirada podría conllevar. La angustia es el choque de sorpresa temerosa que nos sacude al desvanecerse inesperadamente una (supuesta) solidez en que habíamos pensado poder confiarnos.

Para Kierkegaard y Heidegger (en la interpretación de su obra que Balthasar propone en *El cristiano y la angustia*) esta angustia no se reduce a un episodio en la vida humana; para ellos, es una característica fundamental de la vida humana misma en su totalidad. Por consiguiente, el motor principal de esta angustia global no es *una* retirada de certeza entre otras, sino *la* retirada de certeza *total* que se da cuando se nos retira el mundo entero, el ser de las cosas *tout court*.

¿Cuándo se nos retira el ser de las cosas *tout court*? Sobre todo en nuestra muerte. Por lo tanto, la angustia surge en nosotros *ante* nuestra muerte. Pero la angustia no es el miedo *de* nuestra muerte. No se olvide al coyote: el primer motor de su terror no es el mal que está a punto de experimentar, sino la comprensión repentina de que lo que creía fuese terreno sólido no es más que un vacío lleno sólo de aire. Es decir, no es por ser un mal para el sujeto que la muerte es la fuente principal de la angustia, sino por representar la *seriedad inexorable* de la retirada total del ser. Si la muerte es el primer motor de la angustia, lo es como símbolo real más denso de la extrañeza que el mundo, o el mismo ser de las cosas, implacablemente reviste al perder una supuesta evidencia y solidez que ingenuamente le habíamos atribuido.

Para la filosofía moderna de la angustia (como Balthasar la expone en *El cristiano y la angustia*), la muerte, primer *motor* de la angustia, nos revela el ser como el primer *objeto* de la misma. A la mirada angustiada del hombre que se ve confrontado con su muerte, el ser se muestra como una fuerza *esencialmente* extraña, es decir, *absolutamente* fuera de nuestro alcance y, por lo tanto, completamente ajena. El ser es un horizonte que se retira a medida que nos acercamos a él. Esto nos llena de angustia -pero este mismo hecho tiene, para la filosofía moderna de la angustia, un sentido positivo, porque, al perder toda referencia familiar en la extrañeza oceánica del ser, nos encontramos en el vértigo angustiante... de la libertad que se proyecta sin presupuestos-. Para la filosofía moderna de la angustia, ésta es la condición misma y el precio inevitable de la libertad de caminar sobre las aguas del mar desconocido del ser.

¿Cómo evaluar esta idea? Tres breves observaciones. (1) Todo hombre sabe, de una manera u otra, que la muerte pone un punto interrogativo sobre el sentido de su vida. Ningún hombre puede suprimir completamente la pregunta -que será el tema de la filosofía- del sentido de su existencia que está amenazada por la muerte; aún el gesto de no afrontar la pregunta representa un modo de contestarla. De esta manera, el hombre está *doblemente* amenazado por la muerte: no sólo está destinado a padecerla -como todo animal- sino también está destinado a interrogarse sobre su sentido. El hombre es el (único) animal que se encuentra situado entre la necesidad de experimentar la muerte y la necesidad de hablar sobre ella -dos actos que se suponen recíprocamente sin poder identificarse del todo-.

(2) Este doble desamparo de la actual *conditio humana* ante la muerte no es la esencia del ser humano, sino sólo la expresión postlapsaria de su naturaleza esencial. La esencia prelapsaria del hombre (esencia que el pecado no puede destruir) es transcendencia desde el mundo hacia Dios. El problema comienza sólo cuando el hombre fija su mirada en la diferencia entre el inicio y el final de la trayectoria de su trascender, cuando mira la diferencia entre él mismo y Dios -y, aislándola del intercambio vivo con Él, la interpreta como un espacio vacío, en vez de ver en ella la presencia latente del Creador que acompaña el paso de su libertad hacia su cumplimiento definitivo en Él-. Esta desviación de la mirada, que se llama pecado original, es la fuente de la angustia, fenómeno postlapsario que refleja la naturaleza esencial de la libertad humana en negativo.

(3) Una tarea de la filosofía cristiana en este contexto sería la de desacoplar la *sorpresa* ante el ser del aspecto angustiante que esta sorpresa reviste en el mundo postlapsario. De hecho, la sorpresa misma del angustiado ante la retirada del ser sería imposible si el ser no se manifestara en su acto de retirarse, es decir, si la retirada del ser no fuera una forma de su entrega. El problema es que el angustiado, lleno de sospecha, separa en su espíritu la retirada y la entrega. Mira sólo la retirada, la que, artificialmente aislada en su mente, da la impresión de un vacío en que cree estar suspendido. Pero el coyote no está suspendido en un vacío; él mismo lo crea en su propio espíritu al mirar hacia abajo.

La sorpresa ante el ser, purificada de toda angustia, ya no sería la impresión del “sin sentido” que nos angustiaba, sino el reconocimiento del “sin por qué” del ser como don, cuya existencia no tiene otro motivo que la generosidad gratuita del Creador. La práctica filosófica de esta sorpresa purificada sería sin duda una ayuda para morir bien (en la actitud de entrega filial). Pero sólo bajo la condición de que no perdiéramos nuestro sentido de humor. Es precisamente el angustiado que no es capaz de sonreír por lo inesperadamente apropiado que es el don del ser.